

El comerciante en perlas (1871),
de José Tomás de Cuéllar
¿Una novela histórica?

BELEM CLARK DE LARA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

RESUMEN: En una estricta valoración de la novela de José Tomás de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, se concluye que no es una novela histórica, sino de tema histórico, ya que la distancia temporal entre los hechos que le sirven de marco y la escritura de la obra apenas rebasa los veinte años. Esta tercera novela en la producción de Cuéllar es una obra ecléctica porque en ella coinciden valores románticos, elementos realistas y posturas neoclásicas.

ABSTRACT: In a strict judgement of the novel by José Tomás de Cuéllar, El comerciante en perlas, the conclusion has it that it is not an historic novel, but rather of historic subject, given that the time distance between the facts that serve as a framework and the writing of the work is barely twenty years apart. This third novel in Cuéllar's literary production is an eclectic work since romantic values, realism-type elements and neoclassic positions concur therein.

El comerciante en perlas (1871),
de José Tomás de Cuéllar
¿Una novela histórica?

*A Luis Mario Schneider
In memoriam*

HACE ALGUNOS años, en el Primer Coloquio de Literatura Mexicana (1987), organizado por la Facultad de Filosofía y Letras a iniciativa de Ana Mari Gomís, escuché una ponencia que en ese entonces llamó mi atención porque sistematizaba muchas de mis preguntas sobre la literatura del siglo XIX. El trabajo era de Federico Álvarez y versaba sobre el romanticismo mexicano estudiado como un movimiento ecléctico; naturaleza que hasta entonces pensaba sólo caracterizaba el movimiento modernista.

De esta manera, el análisis de Álvarez transformaba lo comúnmente dicho por los manuales de literatura, esto es, que el romanticismo rompió con su tradición, el neoclasicismo y se enfrentó con su modernidad, el realismo.¹

Es esta perspectiva, la ecléctica, uno de los dos puntos que me interesa observar en *El comerciante en perlas. Novela americana*, de

¹ Federico Álvarez, "Eclecticismo y romanticismo", Mesa Redonda: Siglo XIX. Romanticismo, en el I Coloquio Nacional de Literatura Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, miércoles 17 de febrero de 1988.

José Tomás de Cuéllar (1830-1894), para encontrar la continuidad del proceso literario, que asume e incorpora una tradición, a la vez que, sucesivamente, plantea nuevos caminos.

El segundo aspecto al que me referiré, en estas páginas, es el de la estrecha relación, tan frecuente en el siglo XIX, entre literatura e historia.

A Luis Mario Schneider debemos el encuentro y la edición de *El comerciante en perlas*, novela publicada por entregas en *El Federalista*, del 2 de enero al 30 de septiembre de 1871.² Cronológicamente puede considerarse la tercera novela de Cuéllar. Las dos primeras aparecieron publicadas por entregas y de manera simultánea, en San Luis Potosí, entre 1869 y 1870: *El pecado del siglo. Novela histórica (Época de Revillagigedo. 1789)*, con la firma de José Tomás de Cuéllar y con el sello de la Tipografía del Colegio Pblimático; y *Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren*, bajo la autoría de Facundo,³ apareció en la revista literaria *La Ilustración Potosina* con el sello de la Tipografía de Silverio María Vélez.

En 1871, año de edición de *El comerciante en perlas*, Cuéllar entregó otra novela a la imprenta de Ignacio Cumplido: *Isolina la exfigurante (Apuntes de un apuntador)*, dedicada a Eduardo González, actor y director teatral.⁴

² *El Federalista*, periódico de corte liberal, comenzó a publicarse el 2 de enero de 1871. Alfredo Bablot D'Olbeusse († 1892) fue su director y se dice que también era su propietario. A la muerte de Benito Juárez —18 de julio de 1872—, *El Federalista* apoyó a Sebastián Lerdo de Tejada, hasta su reelección, por lo que se opuso a la rebelión de Tuxtepec. Al triunfo de Porfirio Díaz, este periódico decidió ofrecerle su apoyo.

³ Facundo fue el único seudónimo que Cuéllar manejó, aunque también solía firmar sus textos con las siglas: F., J.T.C. y J.T. de C.

⁴ Asimismo, durante este año de 1871 se publicó la segunda edición de *Ensalada de pollos* en la colección *La Linterna Mágica*, primera época; a esta edición Cuéllar le agregó cinco capítulos.

Es interesante observar que en el inicio de su carrera como novelista (1869-1871), género en el que verdaderamente descolló, Cuéllar incursionó en dos tipos de novela: la histórica y la costumbrista; así también caminó entre diversos movimientos literarios y asumiendo tanto su tradición como su modernidad, incorporó a su escritura rasgos de diferentes escuelas: la neoclásica, la romántica y la realista, dentro de una visión ilustrada del mundo.

Parto de que el eclecticismo no es un cajón de sastre en el que todo cabe, sino que asumo la concepción que nos ofrece E. Allison Peers en su *Historia del movimiento romántico español*, quien al hablar del enfrentamiento entre antiguos y modernos, clásicos y románticos, advierte que el movimiento ecléctico surgió en España alrededor de 1837 debido a dos percepciones diferentes: por parte de los clásicos, “En virtud de una desconfianza bastante explicable para con la rebelión” y por parte de los románticos “para apoyar el renacimiento romántico cerca de los clasicistas”; es así que el eclecticismo se define como un movimiento consciente de “crítica conciliatoria” que trató de evitar los extremos de cada una de las dos vertientes. Peers además advierte que fue un movimiento gradual y que entre sus seguidores están Fernán Caballero, Francisco Martínez de la Rosa, Ramón de Campoamor, Mesonero Romanos y Mariano José de Larra, escritor este último a quien debemos definiciones como la siguiente:

...sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta a las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos a amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en

armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello (Larra III 153).⁵

Larra fue una lectura de cabecera de Cuéllar, por ello no es difícil que además de ser su guía dentro del costumbrismo, lo fuera igualmente en esta amplia perspectiva del eclecticismo literario.⁶

PRESENCIAS NEOCLÁSICAS

A Cuéllar, si bien se le ubica como romántico, particularmente costumbrista, con lo que este movimiento conlleva de realismo, también encontramos que a lo largo de su producción literaria mantuvo del neoclasicismo algunas de sus características, por ejemplo: la constante crítica y el tono satírico; el mantener la preponderancia por los géneros que permitían una enseñanza: la comedia para ridiculizar los vicios, la tragedia para exaltar las virtudes,⁷ y la fábula para ofrecer consejos; además conservó la finalidad ética

⁵ “Crítica de *Antony*, de Dumas” (*El Español*, 25 de junio de 1836, citado por E. Allison Peers en *Historia del movimiento romántico español*, t. II (134-135).

⁶ José T. de Cuéllar en su texto “La literatura nacional”, parte del concepto de literatura de Larra para expresar su propia idea al respecto: “La literatura es la expresión de la civilización de un pueblo, ha dicho el célebre escritor español don Mariano José de Larra; y esta verdad se pone de manifiesto en la historia de la literatura en México. La literatura es, no sólo el termómetro de la civilización, sino el reflejo de la historia de los pueblos” (*vid.* José T. de Cuéllar, “La literatura nacional”, en *La Ilustración Potosina*, ed. facsimilar 5).

⁷ Durante el Segundo Imperio, Cuéllar incursionó como autor teatral con su obra *Natural y figura* —estrenada el 7 de marzo de 1866 en el Teatro Iturbide—, comedia que cautivó al público y que estuvo prohibida por el gobierno de Maximiliano de Habsburgo por su crítica al afrancesamiento de la época. Cuéllar en cuestión de teatro no únicamente fue autor, sino también un eterno preocupado por el desarrollo teatral de México; muestra de ello fue la formación de la Compañía Dramática del Liceo Mexicano, que tuvo como finalidad el

y didáctica que los griegos otorgaban al arte, intentando que éste fuera útil a la sociedad.

Cuéllar también creyó que la formación de la nación debía darse bajo un proyecto ilustrado, civilizador, de progreso económico y social que se alcanzaría únicamente por las vías de la instrucción y del trabajo. Es así que Cuéllar, escritor integral, tuvo como principal intención la educación del pueblo, por lo que elaboró su obra —poesía, crónica, obras teatrales, novela histórica y de tema histórico, novela costumbrista y fábula—, de acuerdo con este objetivo.

promover el adelanto del arte dramático. Esta compañía presentó su primera temporada en 1867-1868, estrenando el 15 de agosto (1867), en el Teatro Iturbide, el drama *La aventurera o el marqués de Iztapalapa* y la canción andaluza *La Poderosa o la reina de las majas*.

La única obra teatral que se conserva de Cuéllar es *Deberes y sacrificios* representada, con “envidiable éxito” el 18 de julio de 1855, en el Gran Teatro Nacional (cf. “V. José T. de Cuéllar. Semblanza biobibliográfica”, en Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar” a *La Ilustración Potosina*, ed. facsimilar, 88-96). Esta obra recientemente ha sido editada por segunda vez en *Los imprescindibles. José T. de Cuéllar* (171-228).

El teatro también estuvo presente en *El comerciante en perlas*, y es que Cuéllar vio la vida como una verdadera representación teatral y de ello refiere en su novela: “[...] Vamos señor Ferreir, id al teatro y tomad un abono para un año [...]./ —¡Bravo! —exclamó Eduardo entusiasmado—, es necesario tomar alegremente aun las cosas más serias. Todo es farsa para los escépticos, comedia para las gentes de talento, drama para los hipocondríacos y los perversos. ¡Viva la comedia, sobre todo si es bien representada! ¡Al teatro, señor Ferreir, al teatro [...] / [Poco después su estado de ánimo ha cambiado]. —¿Y el teatro? —dijo el secretario./ —¡Qué diablos queréis que yo haga en el teatro! —dijo Eduardo—, yo tengo otras ocupaciones que son primero que el teatro. Además, nosotros vamos a ver un verdadero teatro, la California, ¡eso sí que es un teatro! Allí se representan dramas todos los días, verdaderos dramas, donde uno es espectador y actor a la vez. ¡Eso vale mucho más que ir a ver reír, llorar, bailar o estornudar al señor Lionel!” (J. T. de Cuéllar, *El comerciante en perlas*, 119-120). A partir de este momento, las referencias a esta edición estarán señaladas por el número de páginas presentadas entre paréntesis al final de cada cita.

Propósito lejano tanto de la concepción que de la literatura, según Cuéllar, se tuvo en el siglo XVIII: “juego de ingenio” y “pasatiempo despreciable y de ninguna utilidad”, como de la opinión que la “nobleza y aristocracia” mexicana del primer tercio del siglo XIX, tuvo del poeta: “ente extraño y ridículo”, “pobre y sucio”.⁸ El escritor de la República Restaurada, como lo fue Cuéllar, siguiendo la recomendación de Horacio —unir lo “útil con lo bello”—, encontró su misión en moralizar y educar al pueblo, misión que ejerció mediante la literatura; entendida ésta, desde la Ilustración, como medio de colaborar con el progreso nacional.⁹

De esta manera, encontramos a lo largo de su obra las enseñanzas y los juicios morales de corte neoclásico que, en particular en sus novelas costumbristas, Facundo solía expresar a través de largos monólogos emitidos por el narrador; párrafos que llegan a cansar al lector actual. Enseñanzas y juicios que también encontramos en *El comerciante en perlas*; solamente que en este caso, fue-

⁸ José T. de Cuéllar, “La literatura nacional”, *La Ilustración Potosina* (6 y 10, respectivamente).

⁹ Afirma a Facundo: “La vida del hombre es tan corta, que necesita poner en juego su capacidad desde niño para ir acumulando en su cerebro la mayor suma de conocimientos y de observaciones que forman después al hombre filiado entre los hombres pensadores.

La observación, el estudio, el análisis, el discernimiento y la instrucción, pueden a veces apenas formar a un hombre; y el que ha llegado a cierta edad [...], sustituyendo a la observación, la indiferencia; al estudio, la pereza; al análisis, la conformidad y a la instrucción, la ignorancia, estará siempre muy lejos de conocer los verdaderos derechos del hombre y de sentir el legítimo orgullo de la criatura humana que con la luz de la inteligencia divina alumbrá sus tinieblas y se abre paso entre los demás seres de la creación, en pos de un más allá supremo y anhelado. El que queda atrás en esta marcha progresiva de la humanidad, es el mendigo orgulloso que no recoge las migajas del banquete, negando su hambre como el ignorante niega su ignorancia. Éste es uno de los hombres abandonados al azar; el azar tiene que hacerlo todo.

ron emitidos por las diferentes voces de sus personajes. Es así que Cuéllar ofreció sus “lecciones” por medio del diálogo, con lo que la novela ganó en amenidad.

De este ejercicio de Cuéllar baste una muestra:

[Eduardo:] —Tuya es la culpa.

[Indio:] —No, tuya.

[Eduardo:] —¿Cómo?

[Indio:] — Sí, tuya; tuya, porque has tenido miedo; tuya porque no se repara una debilidad con una imprudencia; tuya porque el valor no es la cólera; aprende, pues aún eres joven.

Eduardo contempló al indio un momento; luego, dándole un golpecito en el hombro, le tendió la mano.

[Eduardo:] —Gracias —le dijo—.

[Indio:] —¡Gracias! ¿Por qué?

[Eduardo:] —Porque tienes razón y me has dado una lección.

El indio pareció no comprender lo que le quería decir.

—Y porque es un mérito tener razón —añadió Eduardo—.

—Tener razón —dijo el indio—, es decir la verdad, y decir la verdad no es un mérito (140).

Las ideas de más fácil acogida entre los hombres débiles, son las sancionadas por la rutina, y las que van precedidas por la fe; las añejas preocupaciones, el fanatismo, una idea grotesca acerca de la Divinidad, forjada por antepasados ignorantes, la perversión de un culto y el absurdo. Las ideas de la ilustración, de reforma, de progreso, las nuevas lecciones de la experiencia, la proscripción de antiguos errores, son acogidas por las inteligencias superiores, por los ánimos fuertes, y por todos aquellos cerebros tiernos pero bien dispuestos, en los que el azar no ha tenido tiempo de dejar penetrar como impresión primera las ideas contrarias.

El azar dejó formar retrógados serviles y casquivanos.

La educación formó progresistas, liberales y sabios”. (Facundo, “El Azar. Estudios morales”. *El Correo de México*, t. I, núm. 21, 25 de septiembre de 1867, 2-3; recogido por Ana Laura Zavala Díaz, en “Apéndice” a “El escritor en la República Restaurada. La presencia de José Tomás de Cuéllar en *El Correo de México*”. 147 y 150).

La presencia del neoclasicismo en la novela no va más allá de lo mencionado.

PRESENCIAS ROMÁNTICAS. EL HÉROE

Desde el ángulo tradicional del análisis del héroe, Luis Mario Schneider afirma que *El comerciante en perlas*:

es una clásica novela romántica en cuanto adopta los dos planos consabidos; por un lado la historia del héroe en movimiento de sus propias aventuras, es decir, sin actuaciones en el ámbito social, público y por el otro el aspecto sentimental, amoroso, íntimo. Dos senderos o enfoques que en total armonía se atan, se unen en el final narrativo (Cuéllar 1997 7-8).

Creo que al respecto hay todavía mucho que decir. Habría, por ejemplo, que repensar la actuación social del protagonista, Eduardo Mercier, puesto que si bien desde un principio no se planteó la actitud de redentor social, fue este personaje quien organizó y encabezó a los mineros de San Francisco para que terminaran con el grupo de Garcí, “mafia” que, además de practicar el robo organizado, les vendía protección a los comerciantes y a los trabajadores de las minas, como veremos más adelante.

Además, su heroicidad se remarca al otorgarle el crédito tanto de la estrategia, como de la ejecución de esta acción, al jefe militar de la zona, un coronel cuya falta de decisión había dejado mucho que desear:

El *Herald*, periódico de San Francisco, dio cuenta de este gran suceso; Eduardo redactó un artículo que produjo gran sensación en toda la América, y sobre todo, en los Estados Unidos. Los periódicos oficiales de Washington lo reprodujeron *in extenso*, añadiendo:

Que semejantes resultados eran debidos a la inteligencia, bravura, *iniciativa y rápida concepción* de un distinguido oficial del Norte, del honorable míster John Tomas [sic] Mackers, promovido al grado de teniente general y nombrado gobernador general de California.

El mismo periódico añadía:

Que el ilustre y honorable general John Tomas Mackers se había dignado, por un raro sentimiento de imparcialidad, llamar la atención del gobierno sobre un joven, jefe de una casa de comercio de Panamá, que se había *distinguido por el concurso que había prestado a la autoridad*, al cual el general Mackers debía dar las gracias en nombre del gobierno (243).

Asimismo, al presentarsele la ocasión, Mercier también formula un plan para desenmascarar y apresar al conde M..., dueño de una casa de juego, lugar de vicio, donde se esquilmba a los vecinos panameños en un primer tiempo, y más tarde a los de San Francisco, quienes dejaban en los garitos el producto de su trabajo.

El protagonista —héroe ficticio— de *El comerciante en perlas* está dentro de las características del héroe que Georg Lukács encuentra en las primeras novelas históricas de Walter Scott: un “tipo medio”; que “posee generalmente una inteligencia práctica [...], nunca extraordinaria, una cierta firmeza moral y decencia que llega en ocasiones a la disposición del autosacrificio, pero sin alcanzar una pasión arrobadora ni tampoco una entusiasta dedicación a una gran causa” (Lukács 32).

PRESENCIAS ROMÁNTICAS. EL GÉNERO

En esta breve enumeración de llamadas de atención para un estudio mayor de *El comerciante en perlas*, me detengo ahora en el

aspecto de los géneros y subgéneros, particularmente en el de novela histórica romántica, que me permite llegar al segundo punto que deseo tratar: la relación entre literatura e historia.¹⁰

Tanto en el subtítulo como en la dedicatoria de *El pecado del siglo*, publicada en 1869 como ya mencioné, Cuéllar manifestó claramente su intención de hacer una novela histórica:

Su feliz memoria y los datos que conserva usted en su biblioteca como singular bibliófilo me decidieron a trazar la ilustre figura de su abuelo materno, el señor licenciado don Francisco Primo de Verdad y Ramos, primera víctima de las ideas de independencia nacional.

Si mi pensamiento de escribir acerca del PECADO DEL SIGLO fuere bien acogido por los inteligentes, continuaré mis trabajos; y me animaré a presentar al digno ascendiente de usted en primer término, si el bosquejo que ahora ofrezco, por vía de ensayo, no desdice de la verdad, ni de los apreciables apuntes que usted me ha ministrado.¹¹

Como observamos, para escribir *El pecado del siglo* Cuéllar se documentó y trató de apegarse a la Historia; inclinación que el autor no manifestó explícitamente en *El comerciante en perlas*. No obs-

¹⁰ Georg Lukács no concuerda con la idea de dividir la novela en subgéneros, pues considera que entre las novelas realistas e históricas de Charles Dickens y de León Tolstoi existen grandes semejanzas que harían difícil su clasificación (Cf. G. Lukács, capítulo 5, parte III). Por su parte, José Emilio Pacheco considera que “la novela ha sido desde sus orígenes la privatización de la historia [...], historia de la vida privada, historia de la gente que no tiene historia [...]. En este sentido todas las novelas son históricas” (Cf. J. E. Pacheco, comp., “Prólogo” a *La novela histórica y de folletín*. v-vi). Ambos autores están citados por Seymour Menton, en *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992* (32).

¹¹ José T. de Cuéllar, *El pecado del siglo. Novela histórica (Época de Revillagigedo. 1789)* 1. Obra dedicada a José María Flores Verdad.

tante, al comparar, más adelante, la novela con uno de los documentos de la época encontraremos presente en ella la estrecha relación con la Historia.¹² A través de esta comparación podemos decir que Cuéllar, muy probablemente por medio de lecturas, conoció bien la realidad social, las costumbres de la sociedad californiana, los espacios, los sucesos que tuvieron lugar durante la época en que se descubrieron las minas de oro y San Francisco se desarrollaba como centro urbano, lecturas mismas que adquieren vida en su obra.

De acuerdo con Anderson Imbert, quien llama “novelas históricas’ a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista”,¹³ y con Seymour Menton, quien considera que, “hay que reservar la categoría de novela histórica para aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (Menton 32), traemos a cuento la contemporaneidad de Cuéllar con los sucesos que recrea, y con ello objetamos la inclusión de *El comerciante en perlas* en el rango de novela histórica, ya que la distancia real entre la acción de la novela y el de la escritura

¹² En México, durante todo el siglo XIX, la relación entre la literatura y la Historia fue muy estrecha, la realidad daba constantemente el asunto a tratar en la narrativa. Ahora, en sentido inverso, encontramos que algunos historiadores buscan el acercamiento hacia la literatura, tal es el caso de Hyden White: “A mi modo de ver, la historia como disciplina está mal parada en la actualidad porque ha perdido de vista sus orígenes en la imaginación literaria. Por interés de *parecer* científica y objetiva, se ha reprimido y negado a sí misma su propia y más grande fuente de fuerza y renovación. Al conducir la historiografía de regreso una vez más a una conexión íntima con su base literaria, no sólo nos estaríamos poniendo en guardia contra las distorsiones *meramente* ideológicas; estaríamos acercándonos a esa ‘teoría’ de la historia sin la cual no puede pasar como una ‘disciplina’ en absoluto”. (Hyden White 9-34).

¹³ Citado por S. Menton, en *op. cit.* (33).

fue de escasos 20 años, por lo que queda mejor ubicada como novela de tema histórico.¹⁴ Al respecto hay que considerar que, si bien Cuéllar está cercano en el tiempo a la acción que narra, hasta donde sabemos, el autor no fue testigo de lo sucedido en San Francisco, entre los años de 1849-1855.¹⁵ Ello marca una diferencia con otras novelas de tema histórico en México; por ejemplo, con dos relatos de Juan A. Mateos, quien en *El sol de mayo. Memorias de la Intervención* (1868), narró la etapa que va de julio de 1861 a mayo de 1863, es decir a partir de la fecha en que el Congreso mexicano suspendió por dos años el pago de la deuda pública, lo que motivó que Inglaterra y Francia rompieran relaciones con México, hasta el momento en que Juárez y sus ministros abandonaron la ciudad de México para dirigirse a Querétaro. De esta fecha en adelante, hasta

¹⁴ Hay autores, como Avrom Fleishman, que para aceptar una novela como histórica piden que la acción haya ocurrido, por lo menos, en dos generaciones antes que la del autor (citado por S. Menton, en *op. cit.* 32).

¹⁵ No tenemos noticia de que Cuéllar haya viajado por el Estado de California ni mucho menos en los años de 1848-1855, ya que Cuéllar a los 17 años era cabo de cadetes del H. Colegio Militar y participó en la defensa del Castillo de Chapultepec frente al invasor norteamericano. "Al igual que los demás defensores del Castillo, Cuéllar recibió la Cruz de Honor, por decreto del 23 de diciembre de 1847". El 1º de julio del siguiente año se reabrieron las puertas del plantel. No obstante, Cuéllar no reingresó, por el contrario, obtuvo su licencia absoluta de la carrera militar. "Con el corazón aún dolido por el acontecer del 1847, inicia su carrera en las letras en 1848, con una composición leída en el homenaje a los defensores de Chapultepec, en el primer aniversario de la gesta".

En 1850, Cuéllar y Mariano María Morali fueron los primeros secretarios del Liceo Hidalgo. El 15 de septiembre de ese año, participó, con el poema "Meditación", en la conmemoración del aniversario de la Independencia, que organizó el mencionado Liceo. Durante 1852 escribió para el *Semanario de las Señoritas* y para la revista *La Ilustración Mexicana*, órgano publicitario del Liceo; el 18 de julio de 1855, en el Gran Teatro Nacional se representó su obra *Deberes y sacrificios*. (Vid. Belem Clark de Lara, "v. José T. de Cuéllar. Semblanza biobibliográfica", en el "Estudio preliminar" a *La Ilustración Potosina*, ed. facsi-

la muerte de Maximiliano de Habsburgo (junio de 1867), se abre el periodo de *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero* (1868), segunda novela a la que me refiero. En ambas obras, además de haber contado con una amplia información documental, su valor principal radica en que se convirtieron en el testimonio del autor en la lucha del pueblo mexicano contra la Intervención Francesa.

PRESENCIAS ROMÁNTICAS. EL NACIONALISMO

Desde sus inicios, la novela histórica alemana, con un alto contenido ilustrado en cuanto su visión del progreso humano, partió de un necesario retorno a la historia nacional, con la esperanza de resurrección de la grandeza propia, por lo que buscó en la investigación y en su correspondiente representación artística las causas históricas de la decadencia y ruina de Alemania (Lukács 25-26). En Francia, la revolución de 1789, condujo a observar la Historia como una “experiencia de masas”, como un proceso “ininterrumpido de cambios” que, finalmente, intervienen directamente en la vida del individuo. Por ello la novela histórica tiende a develar un contenido social, las condiciones y circunstancias históricas de la lucha; trata de establecer un nexo entre la guerra y toda la vida, entre la guerra y las posibilidades de desenvolvimiento de la nación (Lukács 19-21).¹⁶

milar, 88-96; *loc. cit.* 89 y Alicia Perales, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX 89-90*).

Hasta donde sabemos fue en el año de 1872 cuando Cuéllar llegó a vivir a la ciudad de Washington como primer secretario de la Legación Mexicana. Permaneció en dicho cargo una década; regresó a México a principios de 1882.

¹⁶ Sobre el concepto de literatura nacional en el siglo XIX William Ellery Channing considera que “Significa la expresión por escrita de la mente de una nación. Significa la producción surgida de un pueblo de importantes obras so-

Así, atendiendo a la nacionalidad y la residencia del autor, podemos observar que, *El comerciante en perlas* se aleja de lo considerado como literatura nacional, puesto que el relato no se refiere a ningún pasaje de la historia de México, cualidad con la que también debería contar para su ubicación dentro de la novela histórica.

La novela, alejada de lo mexicano, narra la formación de la ciudad de San Francisco, y con ello parte de la historia del desarrollo de los Estados Unidos de Norteamérica, problema éste que si bien podría ser resuelto a través del cosmopolitismo que dio origen a ese país, sería tanto como considerarla una novela histórica *sui generis*.

Por otra parte, aunque considero que la novela de Cuéllar cumple con las otras cualidades ya mencionadas, por ejemplo sí está presente en el relato la “experiencia de masas”, que relaciona el elemento nacional con los problemas de transformación social dentro de “círculos cada vez más amplios del nexo que existe entre la historia nacional y la historia universal” (Lukács 23). En este sentido la Historia vista como el progreso, como evolución de la humanidad, deja atrás el puro localismo.

En cuanto a la importancia que tuvieron los paisajes nacionales en la novela romántica, Luis Mario Schneider afirma que “singularmente y a pesar que entre los reclamos y exigencias para una literatura nacional se contaba como uno de los principios fundamentales

bre filosofía y las divisiones de la imaginación y el buen gusto. Significa las contribuciones de nuevas verdades al cúmulo del conocimiento humano. Significa los pensamientos de las mentes profundas y originales, elaborados con la labor asidua de la composición, fijados y hechos inmortales en los libros. Significa la manifestación del intelecto de una nación en las únicas formas por las que puede multiplicarse en suelo nacional y enviarse al extranjero. Significa que una nación tendrá un lugar, por sus autores, entre los genios del mundo. [...Vere-mos] a la literatura como el principal medio de formar una mejor raza de seres humanos. En las mentes superiores, que pueden actuar a través de esto, buscamos los impulsos por los cuales su patria ha de salir adelante” (541 y 543).

la descripción del paisaje, José T. de Cuéllar como en toda su nove-
lística [*sic*] adolece de voluntad para pormenorizar la naturaleza”
(Cuéllar 1997 9). Efectivamente, ni aún en sus novelas costumbristas,
el paisaje fue una prioridad en la producción de Cuéllar, aunque
no por ello está del todo ausente en la novela que ahora nos ocupa.
En cambio, la descripción extensa de costumbres y de las circuns-
tancias que rodean los acontecimientos, que Walter Scott introdu-
jera en sus novelas, siempre fueron el *leit motiv* de Facundo; y así
como “la grandeza de Scott está en la vivificación humana de tipos
histórico-sociales”, Cuéllar asumió, en Eduardo Mercier, este mis-
mo tipo “histórico-social”. Lo que marca una diferencia con el resto
de sus novelas donde se esmeró por dejar testimonio de los proto-
tipos de la clase media mexicana, como lo recalca en el “Prólogo” a
su colección de novelas:

Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en el
drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana,
en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el
taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la
risa y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial
cuidado de la corrección de los perfiles del vicio y la virtud: de
manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmi-
go y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costum-
bres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un
nuevo prosélito de la moral y de la justicia.

Esta es la linterna mágica: no trae costumbres de ultramar, ni
brevete de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es
lo que nos importa (Facundo XVI-XVII).

Cuéllar de diversas maneras expresó una cierta ruptura con el romanticismo de su momento: ya Schneider señala en su estudio preliminar que en *El comerciante en perlas*

Existen algunos visos [...] propulsores del realismo. La misma característica de ciertos ambientes donde se describen los bajos fondos, la degradación de cierto sector social exige [*sic*], es campo propicio para utilizar escenas y lenguaje propios de dicha corriente: el universo nocturno en el que se mezclan prostitución, juegos y alcohol, criminalidad y especulación y en el cual el hombre y la mujer actúan en función instintiva (Cuéllar 1997 13).

Pero hay más, la actitud de Mercier ya no es la del héroe propiamente romántico, fatalista y trágico, sino que es la de un luchador, la de un hombre que cree en la sobrevivencia del más apto; Eduardo mismo es quien se describe de esta manera:

yo no he venido a haceros pasar un curso de moral social; al contrario, yo pertenezco en este momento a la carrera más práctica y más positivista del mundo, y mi vida, como mis palabras, deben ser como el medio en cuyo centro vivo y obro (103).

Su visión del mundo es la de:

¡Gozar!, he aquí la gran cosa, he aquí lo que nos proponemos después de cumplidos todos los deberes. *Gozar es vivir*; esto se ha dicho y se dirá eternamente, y con mucha razón. Trabajar, ser útil a sí mismo y a sus semejantes. ¡Trabajo, conciencia, deber, goces!, he aquí la más hermosa divisa del hombre, divisa que se reduce a explotar todo cuanto Dios ha colocado al alcan-

ce físico, moral e intelectual del hombre, y sacar la mayor suma posible de utilidad y de placeres; sobre todo, de placeres (117).

Otra de las rupturas con el romanticismo es la de la ausencia de un amor imposible. En el prólogo de la novela, el narrador plantea el obstáculo que más tarde se convirtió en el impedimento, a la postre salvado, para que Eduardo Mercier consiguiera el amor de María. Se cuenta que, un inglés de unos cuarenta años, que había hecho fortuna en California y se dirigía a Centro América para establecer nuevas factorías, una noche al calor de las copas, emitía con violencia apreciaciones injustas sobre los franceses. Ahí se encontraba un joven de escasos veinticinco años que, ofendido, respondió al inglés, ambos se enfrascaron en una acalorada discusión que culminó con un duelo a muerte, que se dejaría a la suerte en una partida de dados: quien perdiera se suicidaría a la noche siguiente. Perdió el inglés, pero el francés consideró que tal altercado no merecía la muerte, pidió al inglés olvidara la apuesta. El inglés reconoció el valor, la energía, la generosidad y la lealtad de su joven contrincante; razones por las que le encargó liquidar sus negocios, proteger a su viuda e hijos y hacer cumplir su testamento; después se suicidó. Más adelante sabremos que el hombre inglés era nada menos que el señor Osborne, padre de María, y que el joven resultó ser el protagonista Eduardo Mercier.

Mercier, con honradez y con lealtad, hizo cumplir las indicaciones del señor Osborne, y aún más, años más tarde salvó de la quiebra y restituyó los bienes materiales que creyó justos a la familia del inglés; y, finalmente, consiguió el “perdón” y el reconocimiento de la señora Osborne quien aceptó que su protector, Eduardo Mercier, contrajera matrimonio con su hija María.

¿Fue al azar que Cuéllar escogiera hablar de la formación de la ciudad de San Francisco, California? Muy probablemente no. San Francisco viene a cuento en las noticias de la época: Por ejemplo, una gacetilla del 7 de febrero de 1870, del diario *El Siglo XIX* llamaba la atención sobre el exceso de inmigrantes chinos a San Francisco:

Hubo un tiempo en que el Estado de California, rico con el oro de sus placeres, fecundo por la feracidad de sus terrenos, seductor por lo saludable de su clima, atrajo hacia su recinto una gran multitud de los habitantes de todo el globo. El nombre del Estado de California resonó por todo el mundo, y vinieron a residir en él, las ciencias con sus sublimes y agradables fantasías, y el trabajo, en todo, con su fuerza infatigable.

Todo halló, bajo este cielo, su merecida recompensa; se pagaron con liberalidad las provechosas vigiliass del sabio; se apreciaron, en decente valor, los cómodos productos de las artes; y el sudor del jornalero, y el esmerado afán de los sirvientes, encontraron un precio que los consolaba de sus fatigas y les prometía la esperanza de un próximo y rico bienestar.

Consumió la avidez el oro de los placeres, quedó encerrado este brillante metal en las arcas de los particulares, o fue conducido al extranjero, y la población del Estado quedó reducida a los recursos que suministraban las ciencias y las artes, la agricultura y el comercio [...].

Esto ha sido del Estado de California en tiempo de sus placeres, y después que ellos acabaron pero por decirlo así, la plétora de sus riquezas la ha causado una enfermedad.

[...] y este excedente de chinos es nuestra plétora [...].¹⁷

¹⁷ Sin firma, "La situación actual de California". "Gacetilla". *El Siglo XIX*, 7ª época, año XXVII, t. VIII, núm. 38 (7 de febrero de 1870): 3; con la aclaración: "Tomamos del *Neptuno*, de Acapulco lo siguiente".

El acontecer diario, frecuentemente fue la base de inspiración para los escritores mexicanos del siglo XIX. Por lo que la realidad y la literatura se mantuvieron en estrecha relación.

En *El comerciante en perlas*, como veremos, el espacio y el tiempo de la acción de la novela se mantienen en estrecha relación con los de la Historia.

Después de un prólogo donde el autor ofrece los antecedentes necesarios para la comprensión de su narración, y donde ha presentado a Eduardo Mercier, el protagonista, nos encontramos con una novela de 24 capítulos. El primero ubica la acción en Panamá; los tres siguientes y el número XXII se desarrollan en las costas de El Salvador y Costa Rica; los capítulos cuarto, quinto y vigésimo tercero vuelven a transcurrir en el puerto de Panamá. Es de esta manera que los 16 capítulos restantes tienen como escenario el puerto de San Francisco, California, y sus campos mineros.

Si recordamos que el poblado de Yerba Buena,¹⁸ California, fue ocupado por los norteamericanos a partir del 9 de julio de 1846; que este pueblo recibió en 1847 el nombre de San Francisco; que el descubrimiento de las minas data de 1848; y advertimos que el tiempo interior de la novela transcurre aproximadamente en un lustro, estamos hablando de sucesos acordados entre los años de 1848-1849 para el inicio de la acción y el de 1853-1854 para su final; es decir que para 1848 la Alta California ya había dejado de ser territorio mexicano, después de que México perdió la Guerra de Intervención (1846-1847) y entregó la mitad de su superficie a los norteamericanos, mediante el Tratado de Paz, Amistad y Límites entre México y Estados Unidos en Guadalupe, Hidalgo (2 de febrero de 1848).

¹⁸ El poblado de Yerba Buena, en California, fue fundado por fray Junípero Serra en 1777.

Sobre este asunto, como ya mencioné, existe un documento, que me sirvió para conocer que *El comerciante en perlas* es una novela inspirada y en relación directa con la Historia. Me refiero a “San Francisco durante y después de la fiebre del oro (1849-1855)”, de Frank Soule (Soule 492-502),¹⁹ texto que, como puede observarse por su título, describe la formación de la ciudad de San Francisco, California.

MEDIO AMBIENTE

La comparación entre el documento y la novela resulta extensa; sin embargo, para dejar establecida la relación entre el acontecer y la ficción se hace necesaria la confrontación. El documento “San Francisco durante y después de la fiebre del oro (1849-1855)” sirve perfectamente para reconocer que Cuéllar recreó en *El comerciante en perlas* lo acontecido entre 1849 y 1855, en San Francisco.

Los primeros párrafos que ofrece el documento resumen el ambiente en el que se desarrolla la novela de Cuéllar.

Durante una temporada, [los habitantes de San Francisco...] hicieron dinero, a pesar de ellos mismos. [...] Cuando los negocios se hacían rápidamente y las ganancias eran muy grandes, nadie se quejaba por tener que pagar cualquier precio o cualquier renta. [...] Escaseaba el cambio, pero las bolsas de polvo de oro proporcionaban un circulante que respondía a todo propósito.

Los jugadores en los salones públicos apostaban sobre esas bolsas o las “bancas” les proveían de dinero, garantizado por dichas bolsas, hasta que se agotaba todo (Soule 276).

La sociedad [...] en San Francisco, estaba en un estado de total desorganización, que empeoró y se volvió más terrible a medi-

¹⁹ Recogido en Ana Rosa Suárez Argüello, *EUA: Documentos de su historia socioeconómica. III. Sociedad en conflicto* (276-293).

da que los meses de otoño e invierno fueron trayendo miles de nuevos inmigrantes al lugar [1849] (Soule 277).

Cuéllar, por su parte, marcó el espacio y el tiempo de su narración en dos momentos de la ciudad de San Francisco:

Algún tiempo después del descubrimiento de las minas de oro en California, y cuando la sed de riquezas atraía hacia aquella rica comarca gran número de europeos; cuando la ciudad de San Francisco principiaba a levantarse sobre aquellos terrenos incul-tos pocos meses antes, y que apenas se componían de algunas barracas y de unas cuantas factorías extranjeras [...] (21).

Eduardo Mercier [...], atravesó San Francisco y quedó maravillado al ver los cambios que se habían operado durante su ausencia. La pequeña aldea que se había fundado como por encanto, a los primeros excesos de la fiebre californiana, se transformó en ciudad, y ya se respiraba en ella el lujo, el bienestar, la organización material y administrativa, resultado del aumento creciente de una colonia europea; y era fácil de prever que San Francisco, centro principal de un comercio inmenso, iba con prodigiosa rapidez a convertirse en una de las ciudades más hermosas, animadas y espléndidas del continente americano (99).

Tiempo y espacio en perfecta concordancia con el lustro de la formación de San Francisco, California, de ahí que se conozca esta época como la de los *forty-niners*.

SITUACIÓN ECONÓMICA

Como puede percibirse en el inciso anterior, las ramas que sostenían la actividad económica de San Francisco a mediados del siglo XIX fueron: la minería y el comercio; actividad esta última que se extendía hasta Centro América. Situación que el testimonio californiano describe así:

[Se] especulaba con la harina, la carne de res, y de puerco, y con las papas; con la madera y otros materiales de construcción; con [todo tipo de productos]... [sic]; comprados y vendidos, al mayoreo y al menudeo, y estaban listos a cambiar de ocupación y embarcarse en cualquier empresa indescriptible a los dos minutos de haberlo considerado (Soule 280).

En *El comerciante en perlas* el protagonista, Eduardo Mercier, aparece como el prototipo del comerciante: era, como ya mencioné, un hombre honrado y honesto, que se dedicaba a la compraventa de mercancías; actividad entendida por Garcí, bandido que asolaba la región, como especulación, sinónimo de “robo”.

Efectivamente, la empresa con la que Mercier y su socio se habían hecho ricos en Panamá era la de la oferta y la demanda:

[...] la Casa Carlos Ardou y Eduardo Mercier trabajó sin descanso para establecer sus relaciones y su crédito, hizo algunas especulaciones buenas, remitió sumas importantes a Europa, con letras a la orden de la señora Ardou, de Cannes, y de D. Julián Mercier, de París, y tomó rango entre los establecimientos comerciales de primer orden de Panamá. Compró, en cambio de letras o dinero francés o americano, los sacos de oro en polvo que traían los mineros que regresaban a Europa; hizo considerables operaciones de banca con el desacreditado papel del gobierno de Nueva Granada; su capital social aumentaba, y un porvenir comercial, próspero y risueño parecía asegurado (49).

Cuéllar prosigue describiendo el tipo de diligencias que los socios llevaban al cabo:

—[...] hace pocos instantes he dado orden de paralizar la venta, a pesar de las proposiciones extraordinarias que me hacían.
—¡Cómo!, pero si os daban cuatro o cinco veces su valor.
—Sí, pero yo he tomado mis informes, y hago de la necesidad

virtud. Aún me quedaban en almacén mercancías por valor de unos doce mil pesos aproximadamente, y como yo he hecho frente a algunos compromisos, he tomado la resolución de mandar a las minas todas esas mercancías y sacrificarme por mi querido señor Ardou. Voy a venderlo todo allá; ¿y lo creerías? esas mercancías van a venderse, en las orillas de San Joaquín, al menos por ochenta veces su valor.

—¡Imposible! —exclamaron todos a la vez—.

—La cosa es fácil de explicar —dijo Eduardo—, la botella de aguardiente, por ejemplo, cuesta a los señores Ardou y Compañía un franco. Ahora bien, ¿sabéis a qué precio se vende en los campos americano y francés?... A una onza la botella.

—¡Imposible!

—Es la pura verdad; y al menudeo, para los indios que acuden al campo, se sacan hasta cerca de dos onzas, esto es, ciento sesenta francos. Los beneficios que se realizan con las ropas hechas son aún mayores. Uno de mis amigos ha vendido una caja de desechos por un precio fabuloso; un frac negro que había costado doscientos francos, y por el cual un ropavejero no hubiera dado dos pesos [...], se ha vendido por cinco onzas, o sean ochenta pesos; todos los demás objetos han seguido la misma proporción; de modo, que el especulador ha sacado veintiséis onzas de su cajón, que no valían media. Esto puede daros una idea de los beneficios que se pueden realizar con doce mil pesos de mercancías buenas; es decir, que doblaré el precio que me habrían pagado por el cargamento vendido en la plaza de San Francisco (114-115).

El nacimiento de la ciudad de San Francisco está íntimamente relacionado con la formación de un país prototipo del capitalismo, noción que a su vez se encuentra en estrecha relación con la aparición de la novela histórica, como advierte Georg Lukács (15-28).

Sitio de minas de oro, donde el circulante excedía la oferta y demanda de productos, y donde, como hemos visto, la especulación comercial cobraba importancia en el renglón de la economía. Aquí, el excedente monetario se dejaba en los bares, en los billares y en las casas de juego. Por ello, parte importante en el desarrollo de la novela fue la actividad de los garitos, que propiciaba la prostitución, el alcoholismo y el juego.

El capitán Ardou jugó y perdió buena parte de la fortuna que había logrado con Mercier (49-74); posteriormente Mercier, se entera que el conde de M..., el mismo embaucador profesional que en su casa de juego el *Baluarte*, de Panamá, había desfalcado a Ardou, ahora en San Francisco había montado un casino:

—El conde de M...! —exclamó Eduardo—, ¿el conde de M... está aquí?

—Sí señor —dijo míster [sic] Rodgers—, tiene una casa de juego en *El dorado*, donde se juega gordo; pero él sólo dirige.

—Como en Panamá —dijo Eduardo—.

—Tratad de descubrirle —dijo Ferreir a Eduardo— (246 y ss.).

El documento testimonial que nos sirve de enroque con la historia dice:

El juego era un aspecto muy especial de San Francisco en esta época, era *la diversión*, *la gran ocupación* de muchas clases, aparentemente el alma y la vida del lugar. Había cientos de salones de juego en el pueblo. El bar de todos los hoteles y casas públicas exhibía sus mesas para atraer al ocioso, al ávido, al ambicioso. Los juegos que más se jugaban eran el monte, el faro, la ruleta, el rondo, el rojo y negro, y el veintiuno. En los salones más grandes, mujeres hermosas y bien vestidas repartían la baraja o

hacían girar la rueda de la ruleta, mientras de la pared colgaban cuadros lascivos. Una banda de música e innumerables lámparas deslumbrantes animaban y daban una sensación de jubiloso éxtasis al ambiente. No es de sorprender que el visitante incauto caía en la tentación antes de que hubiera tenido tiempo de despertar de la agradable ilusión... (Soule 282).

Parte del relato épico de la novela histórica no es otra cosa que la epopeya de la vida misma, que va desplazando el relato del héroe individual.

LIBERACIÓN DE SAN FRANCISCO

Finalmente, en este interés de relacionar la historia con la literatura, ofrezco una última comparación entre el testimonio y la novela de Cuéllar, confrontación que versa sobre la captura de la banda de rufianes que asolaban la región; dicha acción en *El comerciante en perlas* estuvo encabezada por Eduardo Mercier.

La *historia* cuenta que en San Francisco:

No existía ni un gobierno adecuado para el estado ni autoridades municipales reconocidas que pudieran haber protegido a los ciudadanos, haber establecido el orden y haber previsto la expansión sistemática de la ciudad así como la recepción de las multitudes que llegaban. Había un gobernador militar, sí, y se podría haber adoptado la ley marcial, pero el gobernador no tenía suficiente poder en su mando para apartar a los elementos desquiciados de la población; no, cuando mucho, su intervención por la fuerza habría satisfecho las ideas norteamericanas de independencia civil y de privilegio nacional de autogobierno. Se cometían hurtos, robos, asesinatos y otros atropellos de la más desesperada y criminal naturaleza, y no había ningún funcionario pertinente que tomara nota de ellos y enjuiciara a los ofensores (Soule 277).

Ante la falta de gobierno, por esos años se constituyó en San Francisco un Comité de Vigilancia que originalmente se había

organizado para proteger la Ciudad contra los delitos de incendio, asesinato y robo, cuando se cometieran como parte del sistema general de violencia y pillaje desarrollado por criminales empedernidos. [...] La necesidad obligó a que se formara el Comité y le dio los poderes irresistibles: el moral y el físico [...] (Soule 284).

Antes de acordar suspender indefinidamente sus operaciones, los miembros del Comité de Vigilancia —en su mayoría “respetables ciudadanos”, cuya única finalidad era mantener “el bien general de la comunidad”—, mandaron a la horca a cuatro hombres “sin observar las formalidades legales normales”, pero sí después de haber recogido durante tres meses las evidencias de sus fechorías y de haber realizado un “juicio justo” donde se les encontró culpables.

A este pequeño costo de derramamiento de sangre, el Comité de Vigilancia libró a la ciudad y al país de muchos villanos temerarios que hacía mucho eran el terror de la sociedad. Cuando estos hubieron desaparecido, también casi desaparecieron los ultrajes contra las personas y las propiedades, o se redujeron a casos insignificantes. Las autoridades legales y municipales adquirieron ahora lo que les faltó antes, suficiente poder para dominar a los criminales restantes; y el Comité, no habiendo ninguna razón para que continuara en acción, se sintió feliz de abandonar los poderes que había ejercido anteriormente (Soule 283).

En el relato, Cuéllar representa claramente este estado de ingobernabilidad a través de dos de sus personajes, Garcí y el coronel John Tomas Mackers. El primero era un hombre de “pobre apariencia, pequeño, seco y de mala catadura” (128), que contaba con “una

banda de 800 mozos escapados de presidio, presidiarios licenciados y marineros desertores, disciplinados como un regimiento austríaco; valientes, y tan buenos piratas por mar como bandidos por tierra” (129), que tenía asolada no únicamente la ciudad de San Francisco, sino toda la región.

El coronel Mackers hombre joven, alto y seco (227) fue a quien Eduardo Mercier le propuso —bajo un proyecto llamado “Orden y California”—, “destruir y exterminar a Garcí y su banda”. Mackers le contesta que eso es imposible; Eduardo pregunta —¿por qué?. He aquí la continuación del diálogo:

—¿Ignoráis que su banda se compone de 800 hombres terribles?

—Ya lo sé [contesta Eduardo]; pero soy más fuerte que él.

—¿Con qué contáis?

—Con la justicia de una buena causa.

—Eso no basta [dice Mackers].

—Es verdad, pero eso ya es mucho. Además cuento con quinientos mineros que desean vengarse de los robos y maldades que esos bandidos les han causado (228).

Eduardo Mercier, héroe romántico, logra convencer al coronel de participar en la emboscada al frente de la tropa improvisada y de proporcionar el parque necesario para los mineros que contribuirán a esa empresa. Su recompensa, le ofrece Mercier, sería la gloria de haber capturado a tan temido asaltante; fue de esta manera que la ciudad de San Francisco se vio libre de los forajidos. Al anochecer del mismo día entraban en San Francisco las tropas y los voluntarios victoriosos, conduciendo a los prisioneros.

Quando llegaron a la plaza, Eduardo hizo formar una cuadra con las tropas y los voluntarios, colocó en medio a los prisioneros, y acercándose al coronel, le dijo:

—Coronel, mi misión ha concluido; a vos os toca ahora obrar y disponer de los prisioneros.

—¿Y qué hacer, si no hay ni un solo tribunal?

—Erigid al pueblo en tribunal, y que pronuncie: Helo aquí que nos rodea; pues bien, que el pueblo sea juez, tribunal y ejecutor, y que corte el mal por las raíces y de un solo golpe.

—Pero... —dijo el coronel vacilando.

—Pero —replicó Eduardo—, vos no sabéis hacer nada completo, y sin embargo, queréis toda la gloria de la jornada; una vacilación puede comprometerlo todo.

—Mañana... veremos... —dijo el coronel—.

—Mañana todo se habrá perdido, mientras que hoy se puede salvar (241).

Ante la indecisión del coronel y de autoridades competentes, Mercier instó al pueblo para que se erigiera en tribunal de justicia, el cual sentenció a Garcí y a cuatro de sus hombres a ser colgados y decidió el fusilamiento de 120 bandidos más.²⁰

CONCLUSIÓN

Para terminar, sólo quiero decir que cuando uno se dedica a la filología, entendida ésta como la ciencia que a través del lenguaje y la literatura rescata las diversas manifestaciones del espíritu de un pueblo, y dentro de esta ciencia se inclina uno por la investigación literaria y dedica su vida a editar materiales hemerográficos de escritores del siglo XIX, lo que hacemos es defender la literatura decimonónica como tal; esto es, comprenderla en su cabal representatividad y complejidad. De esta suerte, suprimimos la tradicional negación que de ella se ha hecho, al juzgarla puramente con valores estéticos del siglo XX, y la aceptamos en su vinculación di-

²⁰ Vid. el inciso: Presencias románticas. El héroe, de este texto.

recta con otras disciplinas, llámense éstas historia, didáctica o periodismo.

Por otra parte, agradecemos y valoramos un hallazgo como el que Luis Mario Schneider nos legó en su edición y estudio de *El comerciante en perlas. Novela americana*, de José Tomás de Cuéllar. Lo anterior, para ser explícita, porque ayuda a completar la nómina de obras mexicanas y aumenta la ficha biobibliográfica de un autor para una próxima historia de la literatura; pero, sobre todo, porque elimina las tradicionales clasificaciones y permite lecturas que amplíen la interpretación y revaloren la literatura mexicana del siglo XIX. La novela que Schneider pone en nuestras manos, nos permite acercarnos a un Cuéllar que participa no de un movimiento literario en particular, sino que, recuperando su tradición e incorporándose a su modernidad, se presenta como un hombre ecléctico y como un escritor integral, que, en este caso, incursiona, con sus particularidades, en la novela de tema histórico, respetando siempre su fiel sentir: educar a través de la literatura.

Belem Clark de Lara



- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, "Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX". En *La novela iberoamericana*. Arturo Torres Riosco, comp. 1-24. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1952.
- CUÉLLAR, JOSÉ TOMÁS DE. *El comerciante en perlas*. Ida y Regreso al Siglo XIX. Recuperación y estudio preliminar de Luis Mario Schneider. Transcripción de Clotilde Coello. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. 283.
- *Deberes y sacrificios*. En *Obras poéticas de don José T. de Cuéllar*. Edición del *Republicano*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido (Calle de los Rebeldes núm. 2), 1856. 460.
 - *Los Imprescindibles*. José Tomás de Cuéllar. Selección y prólogo de Belem Clark de Lara. México: Cal y Arena, 1999. 737.
 - *La Ilustración Potosina*. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, Variedades, Modas y Avisos (1869), por ... y José María Flores Verdad. Fuentes de la Literatura Mexicana, 2. Edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo. Estudio preliminar, notas, índices y cuadros de Belem Clark de Lara. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989. 160 + 338. [Incluye la primera edición de *Ensalada de pollos*].
 - *El pecado del siglo*. *Novela histórica (Época de Revillagigedo. 1789)*. San Luis Potosí: Tipografía del Colegio Polimático, 1869. 580.
- ELLERY CHANNING, WILLIAM. "Notas sobre literatura nacional (1830)". *The annals of San Francisco. The annals of America 1493-1976*. Bicentennial edition. Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1976, vol. 7. 404-411.
- FACUNDO. [José Tomás de Cuéllar] *Ensalada de pollos y Baile y cohino...* Colección de Escritores Mexicanos, 39. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México: Editorial Porrúa, 1946. xvii + 379.
- *Ensalada de pollos: novela de estos tiempos que corren*. Tomada del carnet de Facundo. La Linterna Mágica. 1ª época. Edición corregida y aumentada. México: Imprenta de Ignacio Cumplido (Calle de los Rebeldes núm. 2), 1871. 274.

- FLEISHMAN, AVROM. *The English Historical Novel. Walter Scott to Virginia Woolf*. Baltimore: Johns Hopkins Press, 1971.
- LARRA: *Obras completas de Fígaro* [Don Mariano José de Larra]. Madrid, 1855, 4 vols.
- LUKÁCS, GEORG. "Capítulo 1. La forma clásica de la novela histórica". *La novela histórica*. 3ª ed. en español. México: Biblioteca Era, 1977. 15-102.
- MENTON, SEYMOUR. "I. La nueva novela histórica: definiciones y orígenes". *La nueva novela histórica de la América latina 1979-1992*. Colección Popular, 490. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. 29-66.
- MONTESINOS, JOSÉ F. "Mesonero Romanos: los límites del costumbrismo". En Iris M. Zavala, *Romanticismo y realismo*. Historia y Crítica de la Literatura Española. Al cuidado de Francisco Rico, t. V. Barcelona: Editorial Crítica, Grupo Grijalbo, 1982. 357-363.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, ENRIQUE DE. *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, t. II. 3ª. ed. Prólogo de Salvador Novo. Ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961. México: Editorial Porrúa, 1961.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. Comp. "Prólogo" a *La novela histórica y de folletín*. México: Promexa, 1985.
- PEERS, ALLISON E. *Historia del movimiento romántico español*, t. II. Biblioteca Románica Hispánica. I. Tratados y Monografías Madrid: Editorial Gredos, 1954. 707.
- PERALES OJEDA, ALICIA. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1957. 276.
- SOULE, FRANK *et al.* "San Francisco durante y después de la fiebre del oro (1849-1855)". *The annals of San Francisco. The annals of America 1493-1976*. Bicentennial edition. Chicago: Encyclopaedia Britannica, 1976, vol. 7. 492-502.
- SUÁREZ ARGÜELLO, ANA ROSA. *EUA: Documentos de su historia socio-económica. III. Sociedad en conflicto*. México: Instituto Mora, 1988. 276-293.
- WHITE, HYDEN. "El texto historiográfico como artefacto literario". *Historia y Grafía*, 2 (1992): 9-34.

ZAVALA DÍAZ, ANA LAURA. "El escritor en la República Restaurada. La presencia de José Tomás de Cuéllar". En *El Correo de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1987. Tesis de licenciatura.